

Reflexiones sobre *Autopsia de Creso*, de Leopoldo Marechal (1965): La insistencia del “hombrecito económico”¹

Victoria Zunino

Universidad del Salvador

Universidad Nacional de La Matanza

victoria.zunino@gmail.com

ORCID 0000-0001-8903-0043

... el asunto de Creso, acerca de cuya entronización, y tiranía conversamos tantas veces [...] entrará hoy en este Cuaderno según el pie científico de una necropsia. En rigor de verdad, Creso no ha bajado aún a la tumba, sino que agoniza velozmente...

Leopoldo Marechal (2008: 43)

Resumen

“Autopsia de Creso”, de Leopoldo Marechal (1965), ilustra, en forma alegórica, los cambios sociales, políticos y económicos acaecidos hacia fin de la Edad Media en Europa, con la aparición de un espíritu mercantil, el declive del poder religioso en favor del poder temporal y la pretensión universalista de una nueva “mentalidad” en torno al “hombrecito económico” - Creso - centrada en la promoción de la economía como mera rentabilidad y a la consiguiente amputación del ser humano en su dimensión espiritual. ¿Cuáles son las

¹ Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación “La literatura y la enseñanza del Derecho público: fundamentos, modos y perspectivas de una vinculación para el fortalecimiento de la democracia”, de la Universidad Nacional de La Matanza (UNLaM), cuyo propósito es indagar las contribuciones de la literatura para el aprendizaje de cuestiones centrales del derecho político entre estudiantes de abogacía. Parte de este ensayo tiene como punto de partida la ponencia titulada “Literatura y derecho político: Una aproximación a “Autopsia de Creso”, de Leopoldo Marechal (1965)”, presentada para el XVII Congreso Nacional de Ciencia Política, “La resiliencia democrática en tiempos de amenazas globales”, organizado por la Sociedad Argentina de Análisis Político y la Universidad Nacional de Rosario (Rosario, 23 al 26 de julio de 2025).

implicancias sociales y políticas de este proceso? ¿Qué nos sugiere hoy este ensayo de Marechal?

El objetivo de este trabajo es analizar esta alegoría desde los procesos históricos que describe y, a partir de la perspectiva filosófica que presenta, reflexionar a la luz del clima social, político y económico actual, signado por un creciente individualismo, un exacerbado afán de lucro que no solo debilita el lazo social sino que entra en tensión con el concepto de lo político en tanto actividad orientada al bien común.

La importancia de releer a Marechal es que su alegoría, en su mezcla de mito e historia, posee una potencia conceptual y filosófica, que continúa interpelando el devenir de la coyuntura actual. Para ello, se abordan dos dimensiones: la primera es la histórica, a partir de la descripción alegórica del proceso de consolidación de la burguesía, la Revolución Francesa y la posterior consolidación del homo oeconomicus o el “Hombrecito Económico”, en palabras de Marechal. La segunda refiere a las ideas políticas y filosóficas que emanan de su alegoría, y plantean ciertos interrogantes acerca del destino de los pueblos, de la idea de justicia, ciencia, arte y literatura. Por último, se presentan conclusiones e interrogantes.

Palabras clave: Leopoldo Marechal, hombrecito económico, materialismo, bien común, transcendencia.

Abstract

Leopoldo Marechal's *Autopsia de Creso* (1965) allegorically illustrates the social, political, and economic changes that occurred toward the end of the Middle Ages in Europe, with the emergence of a mercantile spirit, the decline of religious power in favor of temporal power, and the universalist aspiration of a new "mentality" centered on the "economic man"—Creso—focused on promoting the economy as mere profitability and the consequent amputation of the human being in their spiritual dimension. What are the social and political implications of this process? What does Marechal's essay suggest to us today?

The objective of this work is to analyze this allegory from the historical processes it describes and, from the philosophical perspective it presents, to reflect about the current social, political and economic climate, marked by a

growing individualism, an exacerbated desire for profit that not only weakens the social bond but also comes into tension with the concept of the political as an activity oriented towards the common good.

The importance of rereading Marechal lies in the fact that his allegory, in its blend of myth and history, possesses a conceptual and philosophical power that continues to challenge the unfolding of the current situation. To this end, two dimensions are addressed: the first is historical, based on the allegorical description of the consolidation of the bourgeoisie, the French Revolution, and the subsequent consolidation of *homo economicus*, or the "Little Economic Man," in Marechal's words. The second refers to the political and philosophical ideas that emanate from his allegory and raise certain questions about the destiny of nations, the concept of justice, science, art, and literature. Finally, conclusions and questions are presented.

Key words: Leopoldo Marechal, the little economist, materialism, the greater good, transcendence.

Introducción

Este texto de Leopoldo Marechal (1965) no se trata de una autopsia de alguien ya muerto –sentido original de la “necropsia”–, sino de un personaje que está agonizando y, con él, agoniza también una mentalidad. ¿Qué muere con Crespo y, al mismo tiempo, qué nace con él? Ilustra, en clave de elegía, los cambios sociales, políticos y económicos que se dieron en Europa hacia el fin del período medieval: la aparición de un espíritu mercantil que afloraba en las ciudades, el declive del orden religioso en favor del poder terrenal y la pretensión universalista de una nueva “mentalidad” consolidada en torno a la figura de Crespo.

A través de esta necropsia, se describe el espíritu del Renacimiento que entroniza al hombre como centro de la realidad, que abandona su dimensión espiritual en favor de lo material, lo corpóreo, aquello que se pesa, mide o toca. ¿Quiénes son los personajes de este texto? ¿Qué valores representan en la trama? ¿Cuál es la función que cada uno es llamado a cumplir en el organismo social?

El objetivo de este trabajo es analizar esta alegoría desde los procesos históricos que describe y valerse de los conceptos que ofrece para reflexionar sobre el clima social del presente, en el marco de un individualismo absoluto que

resalta la insistencia de una mentalidad que nunca acaba de morir. Si bien el texto de Marechal fue escrito en 1965 y publicado un año después en el libro *Cuaderno de navegación*, Creso es mencionado en *Adán Buenosayres* (1948) y en *Megafón, o la guerra* (1970), donde le dedica la “Rapsodia VII”. Para este ensayo se trabaja específicamente el escrito referido publicado en *Cuaderno de navegación* (1966). El propósito de recuperar a Marechal para estudiar los fenómenos políticos reside en que este texto, en su mezcla de mito e historia, posee una riqueza conceptual y filosófica que permite analizar acontecimientos históricos y políticos recientes.

Además, la “conciencia de crisis” del poeta argentino a lo largo de su obra desde los años cincuenta (González Lanzellotti, 2013) invita a reflexionar acerca de otros momentos de crisis marcados por la corrupción y la degradación institucional. En efecto, “Autopsia de Creso” explora el devenir civilizatorio centrado en el desarrollo unidimensional de la vida, ligada a la idea de la economía como mera rentabilidad y a la consiguiente amputación del ser humano en su dimensión espiritual. En este contexto, Marechal, al igual que otros literatos de su tiempo, tenían una voluntad de definir la nación y, en su caso particular, de defender al pueblo como sujeto del devenir histórico (Mariela Blanco, 2020).

Este ensayo aborda dos dimensiones en forma entrelazada. La primera es la histórica, a partir de la descripción alegórica del proceso de consolidación de la burguesía desde el declive de la Edad Media, la Revolución Francesa y la consolidación del sistema capitalista, cuyo principal actor social es el *homo oeconomicus* o el “Hombrecito Económico”, en palabras de Marechal. La segunda dimensión alude a las ideas políticas y filosóficas que emanan de su alegoría, y plantean ciertos interrogantes acerca del destino de los pueblos –como sujetos de la historia–, de la justicia, de la ciencia, del arte y de la literatura. Por último, se presentan conclusiones que resuenan desde pasados remotos hacia un futuro cada vez más urgente.

Cuatro personajes, cuatro mentalidades históricas

El primer personaje del ensayo que nos ocupa es Tiresias, perteneciente a la mitología tebana de la Antigua Grecia, considerado un adivino consultado por reyes y otras personalidades. Tiresias estaba dotado de una fuerte capacidad profética, que se puede observar en las tragedias de Sófocles, Edipo Rey y Antígona. En el libro en estudio representa el poder divino: “el sacerdote, el

pontífice del hombre (o el que le ‘hace puente’ a su destino *sobrenatural*)” (Marechal, 2008: 45).

El segundo es Ajax, héroe mitológico descrito por Homero en la *Iliada* como guerrero, conocido por su coraje e impetuoso valor y por su duelo con Héctor en la Guerra de Troya (Homero, 2017). En el ensayo de Marechal representa el poder político y del guerrero: “el soldado que asegura [...] la defensa, el orden y la justicia *temporales* en la organización” (Marechal, 2008: 45).

El tercero es Creso, quien fue el último rey de Lidia (actual Turquía occidental) que gobernó entre el año 560 a. C. hasta el 546 a. C., y fue derrotado por Ciro en el avance del Imperio persa sobre las colonias griegas ubicadas en las penínsulas de Anatolia y el Mar Egeo. Creso, quien fue el primer rey en acuñar monedas de oro, quedó en la historia como la representación del poder económico, la riqueza comercial y el dinero como objeto de valoración social, debido a sus ofrendas en Delfos y Éfeso. Más allá de que Creso fue un gobernante real, existen relatos míticos acerca de su figura, tales como el encuentro entre Creso y Solón que retrata Heródoto (González de Tobia, 2013). Por ello, Marechal toma su figura para describir al hombre económico –*homo oeconomicus*–, al burgués, “el rico, llamado a producir y distribuir la riqueza material o corpórea que necesita el organismo” social (Marechal, 2008: 45).

El último actor de esta alegoría no tiene un correlato directo ni histórico ni mitológico. Se lo nombra por su apellido, Gutiérrez: “el siervo, ayudante de Creso en sus operaciones económicas” (Marechal, 2008: 45). Estos cuatro personajes cumplen las funciones consideradas necesarias para el organismo social, para que éste se encuentre en armonía.

Ahora bien, ¿cómo llegó Creso al poder?, ¿qué hizo y cuáles son las consecuencias de su tiranía? El ascenso de Creso, la representación alegórica del burgués ciudadano que se transformó paulatinamente en el sujeto histórico de la modernidad capitalista, es parte de un proceso histórico inscrito en una multiplicidad de cambios políticos, económicos, sociales y culturales acaecidos en las postrimerías de la Edad Media. En efecto, entre los siglos XIV, XV y XVI se consolidaron una serie de transformaciones en el panorama político europeo que abrieron las puertas a profundos cambios económicos y sociales.

Uno de los procesos fundamentales fue la paulatina centralización del poder político territorial en manos de los monarcas europeos, cuya contracara fue el progresivo debilitamiento de las estructuras descentralizadas del poder feudal, de sus instituciones y de los modos de vida enraizados en los terruños locales. En todos los reinos creció el poder regio a expensas de las instituciones rivales –nobleza, parlamentos, ciudades libres o clero–, y en casi todos los países el eclipse del sistema representativo medieval fue permanente (Sabine, 1994: 265).

De esta manera, el poder político, “... que había estado en gran parte disperso entre feudatarios y corporaciones, se condensó rápidamente en manos del monarca que, por el momento, fue el principal beneficiario de la creciente unidad nacional” (Sabine, 1994: 265). Este progresivo cambio político-institucional implicó la consolidación de los Estados nacionales como nuevas estructuras de poder, en condiciones de asegurar control territorial y acceso a fuentes de recursos que debían ser organizados en función de dotar de una lógica de mayor eficiencia al proceso gubernativo.

Asimismo, a la par de este fortalecimiento político, se abrieron las puertas a cambios en el orden económico y social que permitieron reforzar las estructuras de control de los monarcas. Uno de esos cambios fue la dinamización del comercio dentro de Europa, reforzado con el lento progreso de las comunicaciones y el mayor protagonismo mercantil de las ciudades. En efecto, el modo en que se comerciaba estaba influenciado por las características propiamente locales de la dominación feudal y, a lo sumo, había rutas más o menos fijas que podían ser controladas por gremios de productores que eran, en sí mismos, instituciones municipales. Este esquema de funcionamiento fue progresivamente trastocado por el avance de la libertad de movimientos y la apertura de nuevas rutas, lo que derivó en la facilitación y ampliación de las comunicaciones.

El gran protagonista de este proceso, el nuevo comerciante, pudo conseguir el control de la producción, cada vez menos sujeto a la autoridad de gremios y ciudades (Sabine, 1994). La intensificación de las relaciones comerciales y el reforzamiento del poder de control político territorial de los monarcas coadyuvaron a ampliar el margen de maniobra de las monarquías y de estos nuevos actores. Este proceso de retroalimentación se reforzó con la

deliberada intención de los monarcas de controlar el comercio, tipificar la calidad de las mercancías, regular los precios y establecer condiciones de ocupación de las rutas. Todo ello devino en un escenario de mayor organización de la actividad económica mercantil de la mano del paulatino crecimiento de las estructuras de administración económica de los Estados.

Asimismo, en el marco de este proceso, las monarquías intentaron consolidar nuevas fuentes de ingresos fiscales, con el objetivo de fortalecer las nuevas maquinarias administrativas. Siguiendo a Sabine, puede decirse que, hacia el siglo XVI, “... todos los gobiernos monárquicos habían adoptado una política consciente de explotación de los recursos nacionales, de fomento del comercio tanto interior como exterior y de desarrollo del poder nacional” (Sabine, 1994: 266).

En este proceso histórico, el protagonismo del espíritu mercantil condujo a la consolidación del modo de producción capitalista como resultado de la Revolución Industrial y la Revolución Francesa, acontecimiento político de ruptura con el antiguo régimen. En “Autopsia de Creso”, se lee: “se ha establecido ya definitivamente a la Revolución Francesa como el trance histórico que determina la exaltación de Creso al poder mundial” (Marechal, 2008: 46-47). Marechal utiliza la alegoría para explicar este proceso. Así describe esta mentalidad:

... bajo el nombre de Creso, me propongo describir al representante del Tercer Estado social, o al *homo oeconomicus*: al “burgués”, en suma, tal como lo define cualquier diccionario de la lengua. En rigor de justicia, Creso al igual que los integrantes de las otras castas o estados, responde a una “función social” rigurosamente necesaria: responde a ella y no a otra, porque su naturaleza intrínseca o su “vocación individual” lo incorpora naturalmente a esa clase y lo declara idóneo para tal función. En consecuencia, lo que define a Creso no es una desmedida posesión de la riqueza corpórea, sino una “mentalidad” *sui generis* que le hace apetecer y buscar dicha riqueza. En tal sentido, hay millonarios que no son Cresos y hay Cresos que no tienen ni un centavo. Le diré más aún: el mundo presente, obra de la tiranía secular a que lo sometió Creso, está uniformado ahora por esa “mentalidad” que le imprimió el Hombrecito Económico en

tren de universalizar su reinado. Y verá usted [...] hasta qué punto esa “mentalidad” nos ganó el ser... (Marechal, 2008: 44)

Además, identifica su doble función en el organismo social: “a) ‘producir’ la riqueza material o sustento corpóreo del organismo; b) ‘distribuir’ equitativamente la riqueza en todos los miembros del organismo social” (Marechal, 2008: 44). Su segunda función es la que lo hace específicamente un *homo oeconomicus*, puesto que la economía no es otra cosa que “justicia en la distribución”. “Si Creso ejerce tal virtud con honradez, está bien sentado en la balanza; y el organismo social funciona en armonía, vale decir con salud” (Marechal, 2008: 44). Aquí el autor sostiene que la economía en su devenir ha sido corrompida o alienada de su función fundamental, que propende al bien común, el cual se lograría a través de una equitativa distribución de la riqueza.

En este sentido, cabe identificar a Marechal con la cosmovisión platónica desarrollada en *República* en tanto que, para Platón, la república ideal tiene como finalidad la realización de la justicia “entendida como la atribución a cada cual de la tarea que le compete de acuerdo con las propias aptitudes. Esta república es una composición armónica y ordenada de tres clases de hombres: los gobernantes-filósofos, los guerreros y los que se dedican a los trabajos productivos” (Bobbio, 2010: 21). En tal sentido, “Autopsia de Creso” alude a una idea orgánica de la comunidad que también se advierte en Platón –y en la filosofía de San Agustín– cuando concibe a la sociedad como un verdadero organismo a imagen y semejanza del cuerpo humano.

Además, Platón, en su tipología de las formas de gobierno en *República*, plantea una mirada decreciente, es decir, de degradación de las instituciones por la corrupción y los excesos de quienes son llamados a gobernar: el hombre timocrático es ganado por la ambición y el deseo de honor; el oligárquico, por la pasión de acumular riqueza, que cuanto más acrecienta, más decrece él en virtud (Platón, 2007: 512-513). Mientras Platón describe al hombre timocrático, al oligárquico, al democrático y al tiránico, Marechal alude a las mentalidades de Tiresias, Ajax y Creso. El paso de Ajax a Creso se podría interpretar como una referencia a esta degradación, previo declive del poder espiritual y de quiebre generacional entre el guerrero y el hombre oligárquico.

Por su parte, si para Aristóteles la corrupción política se manifiesta cuando el elenco gobernante antepone el interés individual por encima del bien común, en el caso de Platón se materializa a partir del exceso, en la desmesura de la pasión dominante y el atributo particular de cada tipo de actor social. Esta desmesura lleva a la discordia. Siguiendo la alusión que Bobbio hace respecto de Platón:

... el tema fundamental no es la libertad (del individuo con respecto al Estado) sino la unidad (del Estado en relación con los individuos). Si la unidad del Estado es el primer bien, la discordia es el mal; la discordia es el inicio de la disgregación de la unidad. De la discordia nacen los males del desmembramiento del cuerpo social, la escisión en partes antagónicas, el choque de las facciones, en suma, el peor de los males, la anarquía, que representa el fin del Estado, o la situación más favorable para la constitución del peor de todos los gobiernos, la tiranía. (Bobbio, 2010: 28)

La hegemonía de Creso y su deriva tiránica se definen por el exceso, por la inclinación hacia la “sensualidad de la riqueza” y la “mística de lo material”, que es su vicio, es decir, la contracara de su función social, que representa su virtud constitutiva. Creso se libera así de sus dos frenos: el interior (espiritual) y el exterior (social):

Las dos riendas que controlan a Creso en sus posibles desbordes están, pues, una en las manos de Tiresias, el cual, doctor y enseñante de los Principios Eternos, “legisla” su aplicación al orden temporal del organismo todo; la otra rienda está en manos de Ajax el guerrero, que obra como “brazo secular” a fin de que sea cumplida esa legislación a la cual se halla sujeto él mismo. (Marechal, 2008: 45)

Además, la insubordinación de Creso es la consecuencia de la corrupción de los órdenes político-militar y religioso:

... fue necesario que el Hombrecito Económico se “insubordinase” contra Tiresias el sacerdote y contra el soldado Ajax. [...] Creso no habría intentado ese motín si la jerarquía social no se hubiese resentido antes por una insubordinación de Ajax contra Tiresias, motivada por alguna debilidad culpable del mismo sacerdote: no olvidemos que, según el viejo refrán, el pez comienza a podrirse “por la cabeza”. [...] El vicio de Tiresias [...] suele inclinarlo al dominio de lo “temporal” y a su esfera de “agitación”, con lo cual invade la órbita del quisquilloso Ajax, que puede resentirse. Y

el vicio de Ajax el soldado finca en el “orgullo de la fuerza” y en la “sensualidad del poder” que suelen llevarlo a guerras de conquista en su propio beneficio. (Marechal, 2008: 45)

Esta cita ilustra el proceso histórico que va desde el Renacimiento hasta la Revolución Francesa. La “insubordinación” del poder temporal ante el poder espiritual expresaría el proceso de secularización que termina con la consolidación de los Estados absolutistas, más allá de que la autoridad de la que estaba investido el monarca era de origen divino. El proceso de crisis y descomposición de las monarquías absolutistas derivó en la hegemonía de Creso, luego de la Revolución Francesa. Marechal deja clara su postura de que ésta fue una “gesta burguesa en sus causas, en su desarrollo y en sus efectos ulteriores”. Aquí aparece Gutiérrez en el relato, retratado como “el servil de la revuelta de Creso [que] añadió a los episodios algunas tintas de color ‘masivo’”, pero al final del camino quedó al margen del nuevo esquema de libertades establecidas por el “Hombrecito Económico” (Marechal, 2008: 47).

Entre la multiplicidad de aristas y problemáticas planteadas en esta alegoría, se resaltan tres cuestiones que han sido preocupaciones de Marechal y que no sólo se manifiestan en este texto, sino también en sus novelas y poesías. La primera concierne a la mutilación de la condición humana, a la individualidad entendida como fin en sí mismo y a la concepción de Patria posible frente a este individuo mutilado: ¿cómo se expresa lo comunitario en un esquema individualista?, ¿cómo se da el paso de la “persona” al “individuo”?, ¿qué idea de Patria es posible en un paradigma materialista?, ¿qué es la libertad en este contexto?, ¿estamos ante la idea de libertad que imaginaban los griegos en un escenario de armonía social o ésta ha sido amputada de toda correspondencia con lo social?

La segunda cuestión refiere al lugar que tienen la ciencia, el arte y la filosofía en esta “tiranía” de Creso. ¿Cómo se resignifica la función del artista y del intelectual en un contexto en el que prima el criterio de utilidad y eficiencia? Marechal se pregunta sobre el destino de la ciencia y la filosofía: “¿qué destino le aguardaba, pues, a la Filosofía en la era de Creso, en que la Revelación fue soslayada o negada y en que la Razón vivía el grado último de su atrofia?” (Marechal, 2008: 67).

La tercera alude a la corrupción de la función económica, ya que la práctica del acto económico no garantiza la producción y la equitativa distribución de los bienes creados, inclinando la balanza hacia un capitalismo financiero. Resulta pertinente recuperar los siguientes interrogantes: ¿Se pueden sostener las instituciones cuando existen grandes inequidades sociales? ¿Qué sucede cuando se desacraliza el mundo en favor de una mirada especulativa de lo económico? ¿Qué lugar ocupan los pueblos en su propio devenir histórico? ¿Cómo se resuelve la tensión entre lo individual y lo comunitario hacia un equilibrio armónico que restituya una idea de justicia social?

La individualidad humana como fin

Lo material y lo corpóreo son inherentes a la naturaleza y a la función de Creso en el organismo social. Para Marechal, Creso tiene una racionalidad original que encuentra terreno fértil en la degradación del poder religioso y la corrupción del poder político. Ajax allanó el camino de la racionalidad económica que soslaya el conocimiento a través de la revelación en favor del cálculo, dando lugar a una “mística de lo corpóreo” (Marechal, 2008: 53). La mentalidad que divulgó Creso y se universalizó luego tuvo su origen en el quiebre de la armonía social por la disociación del poder terrenal (Ajax) y el espiritual (Tiresias): “no es cuestión de cargarle a él [Creso] todo el muerto que nos ocupa” (Marechal, 2008: 48).

... circunscrito a una conciencia del sí puramente “humana”, el hombre limitará sus posibilidades de conocimiento al que le proporciona la Razón, facultad de orden estrictamente humano: de tal suerte, soslayará primero y negará después como posible todo “saber por la Revelación” y por las facultades trascendentes (en verdad “suprarracionales”) que integran el *compositum humano* y que “se retraen” si no se las ejercita [...] Este “soslayamiento” de la Verdad revelada en pro de la facultad razonante se consuma en el Renacimiento y en sus *humanitas*; y el Renacimiento está signado por el Príncipe, vale decir por Ajax [...]

Ahora bien, la furia individualista de Ajax, al obrar sobre Creso por modo tiránico y en las “finanzas” que tanto le duelen, es lo que decidirá la sublevación del Hombrecito Económico [...] No bien lo consiga, [...] reinará por su cuenta y establecerá su propia “dictadura”. (Marechal, 2008: 49-50)

La concepción antropológica de Marechal es crítica de la mirada del ser humano promovida por Ajax y hegemonizada a su favor por Creso. La naturaleza

humana es “mutilada” en el “entero” de su naturaleza ontológica. ¿Por qué? Porque el ser humano es cuerpo, alma y espíritu, y porque –en sintonía con la teología de Santo Tomás de Aquino– el conocimiento tiene dos vías: la natural –racional– y la sobrenatural –mediada por la fe– (Sabine, 1994). Así, la razón estrictamente humana se ve despojada de sus facultades trascendentes o “suprarracionales”, que, en términos de Marechal, si no se ejercitan, se retraen o se atrofian.

En la modernidad, el individuo es un fin en sí mismo. Siguiendo a Juan Torbidoni y a Javier de Navascués (2020), en “Autopsia de Creso” tanto como en *El reino de la cantidad y el signo de los tiempos* (1945) Marechal alude a “la limitación o ‘simplificación’ del conocimiento a la sola razón y al dualismo cartesiano como punto de partida del predominio del cuerpo (materia) sobre el alma (espíritu)” (Torbidoni y De Navascués, 2020: 57). En palabras de Marechal:

Sintetizando en modo simplista la noción de semejante dualidad, yo diría que las referencias del hombre, mirado como “individuo”, lo singularizan en su “corporeidad”, y que mirado como “persona”, lo universalizan en su espiritualidad trascendente. Por ejemplo: el derecho a la subsistencia corporal es un atributo del “individuo”, y el derecho a las libres operaciones del alma es un reclamo de la “persona”. (Marechal, 2008: 59)

De acuerdo con Blanco, Marechal expone las limitaciones del concepto de individuo y su preferencia por una concepción más amplia del ser humano, que añade la “naturaleza espiritual” a la “corporal”. De esta manera, exalta claramente a la persona en su prédica antiliberal y espiritualista: “... vuelve a hacer confluir estética y política al reunir lo espiritual y lo material” en el marco del proyecto político justicialista (Blanco, 2020: 113).

Pero, si bien se mira, su originalidad consiste en un retorno a los conceptos tradicionales acerca del hombre y su destino, y en un *rappel a l'ordre*, lanzado entre dos corrientes, el capitalismo y el marxismo, antagónicas entre sí, pero vinculadas entrañablemente por un común denominador materialista, ya que una y otra ven en el hombre sólo a un “individuo” económico, y no, también, a una persona “intelectual”. (Marechal, en Blanco, 2020: 115)

En “Autopsia de Creso”, se observa cómo la universalización de esta mirada, entendida como egoísta, entroniza a una nueva diosa laica: la razón. “No

es la Razón que ejercitará el buen Aristóteles en su *Metafísica*, sino la Razón de Creso, minimizada, como dije, por su natural estrechez de sesera” (Marechal, 2008: 52). En este sentido, se pueden interpretar las palabras de Marechal cuando alude a que la mentalidad de Creso “nos ganó el ser”. Es un ser humano mutilado en su “entero”, sólo gobernado por la racionalidad económica. Así pues, Creso se hace liberal:

Como el Hombrecito Económico, dada su naturaleza, nunca digirió muy bien aquello de la “persona trascendente”, resolvió conceder a sus vasallos todos los derechos de la “persona” (que al fin y al cabo no le costaban ni un céntimo) y reservar para sí mismo el derecho a la corporeidad, vale decir, el acceso y posesión incontrolados de la riqueza material y sus símbolos. (Marechal, 2008: 60)

En consecuencia, hay una doble injusticia o “desequilibrio” que comete Creso: la primera consiste en la injusticia en la distribución de los bienes, “que trastorna y desbarata la ‘providencia’ del padre Celestial [...] sí, el Creador provee de todo a sus criaturas” (Marechal, 2008: 56). La segunda es la injusticia que Creso comete contra sí mismo.

Todas y cada una de las clases tienen, pues, además de un “ministerio” propio, una vía propia de “justificarse” (o hacerse justas) ante el Creador; y es la de practicar fielmente la rama de justicia que le atañe según el orden. La única vía justificatoria de Creso es la de proceder con equidad en el manejo y distribución de la riqueza: si así lo hace, aparece como justo ante la Divinidad, y “se salva”, teológicamente hablando; si no lo hace, proyecta la injusticia contra sí mismo y teológicamente “se condena”. (Marechal, 2008: 56)

Siguiendo a San Agustín, Marechal presenta una concepción filosófica-teológica del ser humano (Maturó, 2004: 203). El hiponense distingue dos ciudades, la Ciudad de Dios, en la cual los hombres toman a Dios como fin (alma), y la Ciudad Terrena, que antepone al hombre y a los aspectos materiales (cuerpo). Ambas ciudades coexisten en este mundo, están entremezcladas, y el acercarse más a la Ciudad de Dios o a la Ciudad Terrena depende del libre albedrío de las personas. Para San Agustín, la ley se inscribe en un cosmos providencialmente ordenado, en sintonía con Platón. La ley fundamental es la ley eterna, que es la misma razón de Dios que ordena toda la creación. La ley divina es la verdad

revelada. El hombre participa de dicho orden mediante la ley natural, que se encuentra inscrita en su corazón y es la recta razón, y las leyes humanas emanan, idealmente, de la ley natural. Por lo tanto, la injusticia se proyecta en quien la comete y en el Creador. “El cristianismo es, para San Agustín, un proceso en el tiempo [...], las dos ciudades están entremezcladas en el mundo hasta que en el día del juicio queden separadas definitivamente” (Bidart Campos, 1997: 64).

Ahora bien, ¿cómo se concibe lo nacional en un contexto en el que esta “mentalidad” individualista se encuentra entronizada? “Si este paradigma devino en un individualismo egoísta generalizado que no atiende valores humanos como la solidaridad y la razón y sólo se rige por la necesidad” (Brienza, 2015: 108), ¿qué lugar ocupa lo comunitario, la *polis*?, ¿cómo se hilvana lo colectivo?

En “Autopsia de Creso”, la idea de Patria es presentada tradicionalmente como sinónimo de pueblo o nación, con todo lo que ello implica en términos materiales y espirituales, “esencialmente ‘humanos’ que comporta un ente nacional”, y que siempre había sido la tarea o virtud de Ajax el dedicarse a ella. Hasta aquí, un sentido bien concreto y real de Patria. Creso se gana el apoyo de Ajax tergiversando su sentido, ahora como un ente “abstracto y sin humanidad”. Por un lado, se subsume la idea de Patria a mera geografía, al lugar de nacimiento: “frente a la cual Ajax debió aparecer en adelante como defensor de una mera ‘geografía’ o escenario, con abstracción de los ‘actores’ (el pueblo) y del ‘drama’ (el devenir nacional) que se representa en él” (Marechal, 2008: 64).

Blanco (2020: 105-106) analiza cómo Marechal describe y define la idea de nación, patria y pueblo en sus distintas obras. Destaca que en *Megafón, o la guerra*, reemplaza la idea de nación por el concepto más amplio de Patria (ya referido en “Autopsia de Creso”), entendido como un organismo vivo, no estático, en el cual el sujeto histórico es el pueblo. Al respecto, cita de *Megafón, o la guerra*:

La existencia de un pueblo no se da en un círculo cerrado: se desarrolla en una espiral abierta y creciente. La Paleoargentina es una vuelta de espiral que ha terminado su recorrido: la Neoargentina es una vuelta de la misma espiral que arranca en el punto exacto donde concluye la otra. De tal modo, la espiral entera se parece a una víbora enroscada en un árbol. (Marechal, en Blanco, 2020: 171)

La Patria es entonces “una entidad colectiva, anónima, en devenir”, siempre en movimiento (Blanco, 2020: 104). En definitiva, de acuerdo con Blanco, Marechal condensa en sus obras una idea particular de pueblo en armonía entre la tradición local y la universal: “Un pueblo sólo trasciende a los otros con aquellos valores suyos que son universales o susceptibles de ser ‘universalizados’. Todo localismo en sí, todo regionalismo limitado a sus fútiles detalles de color, no trasciende...” (Marechal, en Blanco, 2020: 124). Parece haber una riqueza particular que expresa cada pueblo, que trasciende cuando logra interactuar con otras realidades políticas y refuerza una idea de diversidad sin negar su propia identidad: la idea de pueblo en movimiento, como concepto integrador, admite la dimensión material y espiritual.

Por otro lado, siguiendo la alegoría de Creso, se produce la identificación de la Patria con las instituciones sociales, políticas y económicas creadas por él. De este modo, “el obnubilado Ajax” asumió que parte de su tarea era defender tales instituciones. Dicha situación dio lugar a la identificación de un “‘enemigo interior’, igualmente novedoso, que tenía que ser fatalmente un ‘hermano’ suyo en la nacionalidad” (Marechal, 2008: 64). He aquí el doble drama de la tergiversación de las instituciones.

“Autopsia de Creso” se pregunta por el lugar de la filosofía y del arte en este mundo gobernado por el hombrecito económico: ¿qué lugar tienen la poesía, el arte, la filosofía en este orden?, ¿qué valor explicativo tiene la ciencia? La ciencia ya no trata de buscar a Dios en las Sagradas Escrituras, en su origen “sobrehumano”, sino que lo buscará en la “Naturaleza entendida como un ‘libro’ escrito por el Hacedor según medida, peso y número” (Marechal, 2008: 66). Ahora bien, ¿qué consecuencias tiene este método?

...a) dividida, subdividida y “atomizada” por fin en los laboratorios del sabio, la Naturaleza dejó de ser un libro “inteligible”, y, por tanto, de manifestar a su Autor; b) interrogar a la Natura creada sin atender a la esencia y a los fines de su Creador es condenarse a no recibir ninguna respuesta con respecto al “qué”, al “cómo”, al “por qué”, y al “para qué” del Universo que integramos; c) la ciencia moderna, resultado final del método, carece de todo “valor explicativo” en relación con los interrogantes que siempre, y con dramática insistencia, se ha formulado el hombre acerca de sí mismo, de su devenir y de su mundo. (Marechal, 2008: 66)

Así pues, el hombre no explicó nada trascendente; se limitó a descubrir algunas leyes aplicadas con un criterio de utilidad, “y que la técnica industrial convirtió en ‘objetos’ destinados a la comercialización del Hombrecito Económico” (Marechal, 2008: 67). La filosofía también entra en un círculo vicioso. La alegoría recuerda que la raíz etimológica del término ‘filosofía’ es “amor a la verdad”. Aquí, en consonancia con la tradición tomista, sostiene que hay dos vías a la verdad: la sobrenatural, basada en la Revelación, y la natural, fundada en la razón. ¿Qué destino le cabe a la filosofía en este orden gobernado por Creso?

A Creso poco le interesan la filosofía o el arte, dado que no cuadran con el criterio de utilidad y de producción. Al decir de Marechal, son “dos ejercicios que, a su entender, ‘consumen’ sin ‘producir’” (Marechal, 2008: 67). En efecto, la filosofía y el arte han perdido el “estado público” de épocas anteriores, tales como el Medioevo para el arte y la antigua Grecia para la filosofía. De esta manera, la filosofía y el arte se transforman en actividades irrelevantes, amputadas en su sentido social. En ese retraimiento en sus “torres de marfil”, el filósofo tiene cercenado el camino a la verdad porque lo suyo dejó de ser una ciencia basada en la “especulación” para pasar a ser “un acto de creación más parecido al arte” (Marechal, 2008: 66). Ahora bien, ¿qué es lo que crea? Cosmovisiones y tesis en forma individualista, “en que cada filósofo construyó “su verdad”, y que no tienen en su conjunto más valor explicativo que las ciencias experimentales desarrolladas en la misma era de Creso”. De esta manera, “la Filosofía, que siempre fue una ciencia de la ‘verdad’ *única y unificadora*, pasó a ser una ciencia de ‘la opinión’ *numerosa y disgregante*” (Marechal, 2008: 68). ¿Cómo evitar entonces la “insistencia” del ser humano en un camino de perpetuo relativismo en el que predomina la fragmentación y el reduccionismo al interés económico? La mirada católica de Marechal, que entiende que las dos formas de conocimiento –fe y razón– son complementarias y conllevan una Verdad, tiene una profunda actualidad para los debates epistemológicos.

Con respecto al arte, Marechal señala que el artista “nunca fue un ente aislado que practicaba solitariamente un ‘arte por el arte’ mismo” (Marechal, 2008: 68). Tradicionalmente, el artífice podía llevar a cabo su función social, que es “crear cosas bellas”. En efecto, pudo practicar el “arte sacerdotal” de Tiresias y

el “arte real” de tiempos de Ajax, o los dos a la vez, y lograba “‘crear bellas formas’, aunque bajo la inspiración de Tiresias o de Ajax esas formas bellas en sí, fuesen a la vez el soporte de verdades metafísicas y heroicas (Marechal, 2008: 67). Ahora bien, ¿qué expresión artística es posible en el universo del Hombrecito Económico? La alegoría describe en forma de proceso el devenir del artista. Inicialmente, el artífice se repliega para intentar “salvar, frente al orbe de Creso, su insobornable vocación de hermosura” ejercitando el arte por el arte mismo (Marechal, 2008: 69).

Luego, absorbido por la mentalidad de Creso, al igual que el filósofo se abocó a construir estéticas individualistas –en sintonía con un proceso de deshumanización–, “el arte perdió su esencia metafísica y heroica, para circunscribirse a cierta ‘subjetividad’ que excluyó los valores ‘universales’ en favor de los tonos ‘individuales’” (Marechal, 2008: 70). Este proceso que describe no termina aquí, ya que ahora el arte comienza a mostrar un simple juego de formas y técnicas que abre el camino a la “deshumanización”. Luego deja de lado las formas (que son el corazón del arte) para concentrarse en las “materias” y su tratamiento, que siempre fueron medios y no el fin del arte, lanzándose a un proceso de “materialización”. Cabe citar lo que sigue a continuación, por su impronta profética:

... el tratamiento de sus materias conduce al arte a una renuncia total de las formas “concretas” y sus valores inteligibles: es una etapa de “abstracción” y “no figuración” que reduce las obras del arte al “invento” simple y llano de nuevas combinaciones masivas, ya se trate de volúmenes, colores y sonidos. [...] lógicamente, habiendo eliminado todo lo anterior, el arte concluiría por intentar la eliminación del propio artífice; y es lo que ahora busca en su afán de substituir la actividad inteligente del artista por el trabajo de la casualidad o de una máquina (recuerde usted la música electrónica, los cuadros que se pintan al azar de un movimiento y los poemas que ya se han logrado con *robots*). Y ahora, Velazco amigo, recapitule usted los términos que acabo de utilizar: individualismo, deshumanización, materialización, abstracción y mecanización. ¿No corresponden exactamente a la mentalidad de Creso? ¿Y el círculo vicioso no vuelve a cerrarse? (Marechal, 2008: 70)

Esta cita nos permite pensar críticamente sobre nuestro devenir civilizatorio en tiempos de inteligencia artificial, cuando el propio ser humano parece abdicar de su capacidad creadora y los criterios de verdad se difuminan. En este escenario de robotización, en tiempos monopolizados por las imágenes, cuesta discernir entre ficción y realidad, obnubilados por el carácter utilitario de nuestros vínculos que parece obedecer a la máxima de Creso, reactualizada: “tiempo es dinero”. Cabe preguntarnos por las implicancias éticas y políticas de este proceso.

La concepción económica: crítica al capitalismo y al materialismo marxista

Esta alegoría encierra una fuerte crítica tanto al materialismo capitalista como al marxista. Plantea que Creso se desprende de su segunda función social, que es la justicia distributiva, para abrazar a un nuevo Dios –la riqueza, usufructuada en su propio beneficio–:

Ahora bien, un Dios necesita su residencia sagrada, vale decir su Templo; y el Hombrecito Económico erigió esas duras y feas catedrales del oro que se llaman Bancos. Naturalmente, Creso no podía usufructuar a su ídolo si lo aislaba en absoluto de la feligresía. Se dijo entonces: “Haré imágenes de mi dios y las presentaré a los fieles”. Y Creso inventó el papel moneda. (Marechal, 2008: 53)

De este modo se identifica al actor social que encarna Creso, el burgués y el banquero como exponente de las finanzas. El esquema de acumulación de la renta, de la riqueza, se realiza a expensas de la insatisfacción de las necesidades de un gran número de personas. Cabe destacar, en este punto, la influencia aristotélico-tomista de Marechal, en tanto sostiene Aristóteles –y asiente Tomás de Aquino– que el afán de lucro desmesurado ya no es economía sino crematística, lo cual resulta pernicioso para el bien común. La causa de tal disposición, sostiene Aristóteles, obedece “al afán de vivir, pero no el de vivir bien”. Por lo tanto, el anhelo desmesurado de adquirir dinero como fin en sí mismo –dinero como bien de uso más que como bien de cambio– predispone a las personas a perseguir “... los placeres del cuerpo, [...] que como también parecen sustentarse en la propiedad, todo su tiempo lo pasan ocupados en hacer

negocios lucrativos [...], ya que su placer radica en el exceso, buscan el arte de producir el exceso que trae placer” (Aristóteles, 2007: 81-82).

Al acaparar la riqueza, el Hombrecito Económico da en una locura criminal: es una “locura”, pues, más allá de sus necesidades individuales, amontona él números abstractos y estériles en sí; y es “criminal”, porque la estéril “potencia” que acapara él significa, “en acto”, el pan, el vestido y el techo del pobre que no los tiene. Así miradas las cosas, yo no vacilaría en sostener que “la propiedad es un robo”. (Marechal, 2008: 55)

Cabe referirse aquí al rey Midas, sobre quien Aristóteles señaló la siguiente paradoja: “extraña es esta riqueza, cuya posesión deja morir de hambre, como se cuenta de aquel Midas, quien, por su insaciable plegaria, todo cuanto a él llegaba se convertía en oro” (Aristóteles, 2007: 80). Si la economía, por definición, está al servicio de las personas, debe proveer aquellos bienes y servicios que necesita una comunidad para asegurar su supervivencia. Sin embargo, a la luz de este ensayo se advierte una deriva especulativa y rentística, que no se hace cargo de la función social de la producción y de la propiedad. Como en el arte, parece haber cierta confusión entre medios y fines.

Además, los conceptos de acto y potencia también inscriben esta alegoría en la mirada filosófica aristotélica. Se describe así el proceso de consolidación del modo de producción capitalista sin concesiones para con el poder religioso y político, encarnados en Tiresias y Ajax, a quienes el “Hombrecito Económico” pudo fácilmente inclinar a su favor porque ambos habían entrado en un estado de postración o decadencia en sus funciones sustantivas. Las características de este modo de producción implican la “explotación del hombre por el hombre”. En este caso, Gutiérrez es el oprimido de ayer y de hoy. Mientras que las guerras de tiempos de Tiresias fueron las religiosas, las del tiempo de Ajax fueron las políticas. Hoy, bajo la tiranía de Creso, son las guerras económicas en búsqueda de la mayor rentabilidad posible. Cabe preguntarse sobre la actualidad de esta alegoría en un contexto de capitalismo financiero, naciones sin Patria, crisis mundial y guerras.

Como consecuencia de este esquema de explotación laboral, Gutiérrez tiene cercenado su “tiempo del buey” por la gran cantidad de horas ofrecidas como fuerza de trabajo. Pero también tiene cercenado su “tiempo del ángel”, que

es aquel de descanso y contemplación. Sin estos tiempos, arte y filosofía resultan una tarea imposible. Entonces surge una respuesta ante tal estado de cosas, que viene de la mano del marxismo. Para Marechal, la doctrina de Marx perfecciona la de Creso, sellando la victoria del “Hombrecito Económico” porque en su filosofía es materialista, es decir, atiende el aspecto más superficial del individuo que es lo corpóreo, las condiciones materiales de existencia: “su carácter de ‘persona’ trascendente no entra, como es natural, en el credo materialista; por lo cual toda manifestación o reclamo de la ‘persona’ sería un prejuicio burgués” (Marechal, 2008: 72). En cuanto al sistema económico de justicia distributiva que promueve el marxismo, reconoce que es el aspecto “que más le duele” a Creso, pero que para combatirlo éste se erige en defensor “de la civilización occidental y ‘cristiana’, de la misma que traicionó él en sus esencias, vale decir, en los principios del Evangelio” (Marechal, 2008: 73).

Como régimen, el comunismo se organizó en el *estatismo* económico que tanto combate Creso en la guerra ideológica y en la carrera armamentística de aquel momento. Cabe recordar que esta alegoría fue escrita durante la Guerra Fría, en 1965. El bloque comunista tiene también a su Tiresias, a su Ajax, a su Creso y a su Gutiérrez. En palabras de Marechal:

Sabemos que Tiresias, el hombre sacerdotal, existe y obra en ellos, aunque, merced al ateísmo de la doctrina, lo haga en el “subsuelo” donde lo espiritual se refugia cuando el clima exterior se le hace adverso. Ajax el soldado integra los ejércitos rojos, ahora en defensa de una doctrina social y en su expansión que podría lanzarlo a una guerra “ideológica”. También Creso aparece, muy bien disfrazado, en los Directores oficiales de empresas comunistas y en los Jefes de Producción. En cuanto a Gutiérrez, está, como de costumbre, al servicio de todos y, como ayer, sin comerla ni beberla: su famosa “dictadura” (la del proletariado) no salió de una mera enunciación “teórica”, ya que, según era previsible, otras clases ejercen su “tutoría” y gobiernan por él. (Marechal, 2008: 75)

Por su parte, desde su análisis de *Megafón, o la guerra*, Rafael Arce (2022) se refiere a la manera en que Marechal discute con el marxismo de su época:

... Marechal opone simplemente la prédica teológica, pues no hay política sin creencia: el materialismo marxista es no sólo ateo, sino, lo que es peor, dialéctico, esto es, racional, razonable. Mucho más astuto, el capitalismo

liberal se ha vuelto invisible, esto es, metafísico: ha inventado una creencia en una época esencialmente incrédula y secular, ha apelado a la adhesión sin razón y a la fe sin materialidad concreta. (Arce, 2022: 72)

En esta cita se completa la idea de que Creso se ha hecho liberal en tanto no obliga al consumo como Ajax obligaba con la espada, sino que crea la necesidad en el hombre de modo más sutil motorizada por la satisfacción de deseos:

¿Cómo lo hizo él [Creso]? ¿Impuso tiránicamente una ley de la “polaina obligatoria”? No, amigo: Creso es un hombre de natural cautela, y su dictadura fue siempre disimulada bajo disfraces al parecer inofensivos. Lo que impuso él a la ciudad fue una doctrina de “la polaina necesaria”, valiéndose de la “publicidad”, que ascendió gradualmente a la categoría de Musa y de Ciencia, y que hoy, merced a los novedosos objetos lanzados por la técnica industrial, “fabrica” la necesidad de los mismos, *a posteriori*, en una suerte de formidable invasión psicológica. (Marechal, 2008: 59)

Todo este devenir histórico, que en este artículo no se alcanza a desarrollar con la profundidad que amerita, muestra el posicionamiento político de Marechal: la tercera posición en el marco de la doctrina peronista. Esta noción se vincula no sólo con la política exterior del peronismo como gobierno durante el período de la Guerra Fría, sino que también se inscribe en su doctrina, en el principio de justicia social y de la función social de la economía. Siguiendo a Brienza (2015), en esta alegoría Marechal expresa su verdadero pensamiento político, económico e ideológico.

¿Cómo se reconstruye el orden social?, ¿cómo se sale del individualismo que antepone la competencia a la solidaridad? El ensayo ofrece la respuesta: que los distintos actores sociales corrijan sus vicios y recobren sus virtudes para volver a actuar en “armoniosa jerarquía”. ¿De qué forma? Eliminando la “mentalidad” de Creso del orbe y de cada uno de nosotros: “¿No es verdad que parece fácil? Un movimiento de reacción a ‘retropropulsión’ (iestán de actualidad!) a operarse, no en el *espacio físico*, sino en el *tiempo histórico*, nos llevaría de nuevo al equilibrio y por consiguiente al orden” (Marechal, 2008: 75). Así, el cambio social y político se da en el *tiempo histórico*, lugar que posibilita el proceso de construcción comunitaria, de la *polis*, del pueblo como sujeto de la historia. El Papa Francisco sintetiza certeramente esta idea:

La plenitud provoca la voluntad de poseerlo todo, y el límite es la pared que se nos pone delante. El “tiempo”, ampliamente considerado, hace referencia a la plenitud como expresión del horizonte que se nos abre, y el momento es expresión del límite que se vive en un espacio acotado. Los ciudadanos viven en tensión entre la coyuntura del momento y la luz del tiempo, del horizonte mayor, de la utopía que nos abre al futuro como causa final que atrae. De aquí surge un primer principio para avanzar en la construcción de un pueblo: el tiempo es superior al espacio [...] Darle prioridad al espacio lleva a enloquecerse para tener todo resuelto en el presente, para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación. Es cristalizar los procesos y pretender detenerlos. Darle prioridad al tiempo es ocuparse de *iniciar procesos más que de poseer espacios*. (Francisco, 2013)

Esto nos lleva a la necesidad de un retorno a las fuentes en cuanto a que las personas se realizan en comunidad, que como enseñó Aristóteles, la ciudad es anterior al individuo, y que “... el todo es necesariamente anterior a las partes...”. Es decir, que no somos autosuficientes y que quien no puede vivir en comunidad es “una bestia o un Dios” (Aristóteles, 2007: 58-59). En efecto, “... las reacciones y ‘enderezamientos’ de la historia vienen ordenados, más que por el hombre, por el adorable y a veces incomprensible Autor de la historia. Eso sí, colaboremos con el Autor” (Marechal, 2008: 75).

Conclusiones

Al analizar este texto señero de Leopoldo Marechal se han identificado dos dimensiones: la histórica y la conceptual o filosófica. Respecto de la primera, el texto es una alegoría de un largo proceso histórico comprendido entre la Edad Media y la Modernidad que ha dado lugar a instituciones sociales, económicas y políticas que hoy parecen estar en crisis: desde la familia hasta el Estado, desde la Iglesia hasta la escuela, desde la política hasta los negocios. Respecto de la segunda dimensión, hay todo un camino para desandar, que remite a la tradición de la filosofía clásica griega y la escolástica, parte del rico y multifacético acervo de Marechal. En tal sentido, resulta pertinente tomar su producción literaria para abordar conceptos, filosofías políticas y problemas contemporáneos.

La alegoría de Creso exhibe la dimensión religiosa del ser humano que trasunta la realización de la idea de armonía, en sintonía con la teología

agustiniana y la filosofía platónica. El ser humano es cuerpo, alma y espíritu, y su sentido trascendente se realiza en la comunidad y en el tiempo histórico. En consecuencia –siguiendo la mirada aristotélico-tomista–, el camino de realización de la persona, en el ejercicio de su libre albedrío, se completa en comunión con los otros pares que son parte de la misma comunidad de sentido y de pertenencia. Así, lo terrenal y lo trascendente, lo corpóreo y lo espiritual, se realizan en unidad en el ser humano y en el cuerpo social.

Marechal da respuesta a la pregunta sobre cómo reconstruir el orden social. Se puede agregar a eso la necesidad de la vuelta a la política en su función sustantiva, que es el bien común, con una indispensable regeneración ética. Se trata de un nuevo proyecto de comunidad, de horizonte, de reunificación de lo que está fragmentado, para evitar la anomia social. Abdicar de nuestra responsabilidad moral no nos hace más libres. Quienes nos dedicamos a la Ciencia Política y a las humanidades en general –seamos Gutiérrez o Fernández– estamos llamados a incrementar nuestro “tiempo del ángel”, en procura de fomentar la recomposición del tejido social con razones fundadas en el saber que vayan más allá de Crespo. Ahora bien, sabemos que esto no es una tarea fácil porque la mentalidad del hombrecito económico no termina de morir.

Referencias bibliográficas

- Arce, Rafael (2022). “Un país de espectros. Política y teología en ‘Megafón, o la guerra’ de Leopoldo Marechal”. *Cuadernos del Sur - Letras*, (52), 57-76.
- Aristóteles ([c. 330-326 a. C] 2007). *Política*. Buenos Aires: Losada.
- Bidart Campos, Germán J. (1997). *Manual de Historia Política*. Buenos Aires: Ediar.
- Blanco, Mariela (2020). *Invención de la Nación en Borges y Marechal. Nacionalismo, liberalismo y populismo*. Córdoba: Eduvim.
- Bobbio, Norberto (2010). *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Brienza, Hernán (2015). *El Golem de Marechal: Megafón o el ser nacional*. Buenos Aires: Marea.

- Francisco (2013). *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium del Santo Padre Francisco a los obispos a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a los fieles laicos sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*. En https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html.
- González de Tobia, Ana María (2013). “Creso, entre el mito y la historia” en Saberes e poderes no Mundo Antigo. Estudos ibero-latino-americanos. Volume I - Dos saberes. Fábio Cerqueira, Ana Teresa Gonçalves, Edalaura Medeiros & José Luís Brandão (Orgs.) Ed. Universidade de Coimbra.pp. 35-46.
- González Lanzellotti, Florencia E. (2013) “La Belleza como esfera de resistencia en Leopoldo Marechal”. Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Crisis de la Modernidad y Filosofías Ibéricas: X Jornadas Internacionales de Hispanismo Filosófico. Universidad de Santiago de Compostela / José Luis Mora García (ed. lit.), Delia Manzanero Fernández (ed. lit.), Martín González (ed. lit.), Xavier Agenjo Bullón (ed. lit.), 441-452.
- Homero (2017 [c. s. VIII a. C). *La Ilíada*. España: Ediciones Akal.
- Marechal, Leopoldo ([1970] 2018). *Megafón, o la guerra*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Marechal, Leopoldo (2008). Autopsia de Creso [1965]. En *Cuaderno de navegación*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Maturo, Graciela (2004). *La razón ardiente: Aportes a una teoría literaria latinoamericana*. Buenos Aires: Biblos.
- Platón ([c. 375 a. C] 2007). *República*. Buenos Aires: Losada.
- Sabine, George H. (1994). *Historia de la Teoría Política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Torbidoni, Juan y De Navascués, Javier (2020). “La cuarta novela de Marechal: El empresario del caos”. *Hispanamérica*, Año 49, (146): 53-58.